

La nueva imagen de John Broadus Watson en la historiografía contemporánea

Francisco Tortosa
Esteban Pérez Delgado
Antonia Pérez Garrido
Universitat de Valencia

Desde el prisma de una historiografía social, que pretende combinar el más tradicional análisis crítico de fuentes con los más modernos métodos historiométricos, se ha pretendido analizar la imagen que de John B. Watson y su sistema ha ofrecido la historiografía psicológica, partiendo de la hipótesis de que la imagen mitificada y acrítica que del mismo ofrecía la clásica historia «ceremonial» podía modificarse y enriquecerse a partir del análisis en profundidad de la recepción e impacto de sus ideas. Para ello, se ha analizado en primer lugar, el contexto en el que surgieron las ideas conductistas, y luego se ha procedido a un estudio comparativo de la presencia de su obra en los artículos publicados por cinco importantes revistas anglosajonas en el periodo contemporáneo a su propia producción, y al de los trabajos actuales en que se le cita, tomando como fuente de datos el SSCI y deteniéndonos en el análisis de contenido de dichos artículos. Todo ello nos ha permitido ofrecer algunos perfiles de lo que podría considerarse una «nueva» imagen, más compleja, de la figura histórica de John B. Watson.

Palabras clave: *Historia crítica, historia ceremonial, bibliometría, conductismo, Watson.*

From a historiographic point of view, which tries to combine the most traditional and critical analysis of sources with the most modern historiographic methods, we tried to study John B. Watson's image and his system from the psychological historiographic approach, starting from the hypothesis that the mythicized and non-critical image given by the «ceremonial» classical history could be modified and improved analysing the significance of his ideas deeply. To do so, we first studied the background where behavioral ideas arose and secondly we made a comparative study of commentaries on his works published in five important british journals, contemporary with his own production, and present works in which he is mentioned using SSCI data and studing their contents. Such works have enabled us to give a «new» more complex image of John B. Watson's historical figure.

Key words: *Critical history, Ceremonial history, Bibliometry, Behaviorism, Watson.*

Durante años se ha producido en la historiografía psicológica una evidente focalización sobre «los grandes hombres, los grandes problemas y los grandes hallazgos», aspectos en los que se ha trabajado, además, «de una forma acrítica y poco documentada en fuentes originales, dentro de una estrategia narrativa descriptiva, puramente expositiva» (Young, 1966), lo que Robinson (1912) llamara hace años la «aproximación del poema épico», que consideraba la historia «una crónica de personas heroicas y acontecimientos románticos».

Este enfoque, que ha caracterizado buena parte de la producción historiográfica en psicología, comenzaría a ser seriamente cuestionado con el inicio de los sesenta, al comenzar la etapa de profesionalización en el ámbito (Tortosa y cols., 1990). Parece necesario abandonar aquella aproximación más orientada a describir el progreso científico a partir de sus «productos» que a explicarlo como «proceso» complejo. El análisis histórico debe dirigirse no sólo a los resultados del trabajo científico, sino que debe considerar esos resultados en relación con las condiciones imperantes cuando se logró y en las formas en que fue recibido por la comunidad científica; de ahí que el análisis histórico debe centrarse sobre varias dimensiones claramente diferenciables, pero íntimamente relacionadas entre sí: la conceptual (que tiene que ver con los modelos, valores, asunciones, problemas, formas aceptadas de resolver los problemas e instrumentos a disposición del investigador), la sociopsicológica (que involucra el funcionamiento de las comunidades científicas), la institucional (que se ocupa del marco de referencia institucional y organizacional de la actividad científica), y la propia dinámica personal del científico. Este creciente interés por el papel de factores no estrictamente científicos, sino institucionales y socioeconómicos, en el desarrollo de las ciencias ha llevado a su plena concreción lo que habitualmente se denomina historia social de la ciencia, muy centrada en la forma en que la ciencia y quienes la practican interactúan con lo que les rodea.

En este marco, se ha venido desarrollando una «nueva historia de la psicología», con un carácter más crítico y social (Furumoto, 1989), que ha incidido en la forma de considerar a la ciencia y a sus actores, en la forma de escribir la historia, y en los métodos de obtener evidencia y de disponer los datos en un cuadro objetivo y pleno de sentido. Para algunos de sus proponentes (Sokal, 1984), esa historia social muestra claramente uno de los puntos de convergencia entre la historia de la psicología y la historia de la ciencia, merced al uso por parte de ambas disciplinas de una metodología sociológica y cuantitativa, en un intento por superar la dicotomía entre la perspectiva interna y externa en el análisis histórico de la ciencia. En él, se acentúa el interjuego existente entre individuos, ideas e instituciones, dentro del contexto mucho más amplio de la cultura en la que la ciencia se desarrolla y de las comunidades disciplinares y subdisciplinares en las que trabajan aquéllos que hacen ciencia.

Parece indudable, como señalara en una ocasión el filósofo español Ortega, que la principal categoría de la historia es la «eminencia», una categoría siempre difícil de apresar y definir. Frente al modo tradicional de afrontar el tema de la calidad científica, apoyado en una visión retrospectiva del pasado por parte de jueces, las tendencias historiográficas actuales apuntan hacia una concepción más social de la «eminencia», definiéndola como la clase o grado de reconocimiento

y atención que las aportaciones de un autor reciben de la comunidad científica, dentro de lo que Carpintero llama el «contexto de la comunicación». En él, cuando buscamos técnicas de medida adecuadas, llegamos a la metodología bibliométrica, un procedimiento que se aplica a las manifestaciones escritas que caracterizan a cualquier ciencia. Como tal técnica, puede integrarse con el más tradicional análisis crítico de fuentes, en una aproximación más comprehensiva para explicar la evolución histórica (Carpintero y Tortosa, 1990).

Jueces seleccionados y escritores de manuales de historia, correlacionan en sus juicios, de forma muy significativa, menor que cuando se compara cualquiera de esos criterios con las citas evocadas entre los miembros activos de la comunidad científica. Los dos primeros enfoques parecen apoyar una cierta consideración acumulativa y lineal del progreso científico que tiende a escribir la historia desde el presente, justificando la situación actual desde un pasado progresivamente más remoto, a partir del cual puede apreciarse, no obstante, un coherente, continuo y progresivo avance hacia la verdad, desde lo a-científico hasta lo científico. Un avance en el que una serie de «grandes hombres» con sus «grandes ideas» resuelven «grandes problemas», por lo que actúan como los «mojones» que van señalando el camino hasta la meta. Dentro de esta consideración, es indudable el protagonismo de J. B. Watson, beligerante antagonista de la «vieja» psicología —del alma, de la mente, e incluso de la «pretendidamente científica» psicología de la experiencia—, tan bien representada por el estructuralismo, y creador de un nuevo «paradigma» que abrió un largo periodo de 50 años de dominio «conductista».

La historiografía tradicional muestra un claro consenso respecto de la imagen de Watson y el lugar que ocupa «su» sistema en la evolución de la psicología. Una imagen que, esquemáticamente, podría resumirse en los siguientes términos: emergiendo de la investigación animal, reacciona contra el introspeccionismo mentalista anterior proponiendo un nuevo objeto —la conducta— y un nuevo método —observación natural o controlada—. Su propuesta surge en un ambiente generalmente hostil a esos planteamientos, pero, especialmente, los psicólogos jóvenes lo aceptan como una especie de «credo», su fama comienza a crecer desde la primera formulación de 1913, como muestra el que dos años después fuese elegido presidente de la APA, hasta alcanzar su zenit en la década de los 20 con la publicación de *Behaviorism*. Su sistema —radicalmente ambientalista y antimentalista— se adueñó de la psicología norteamericana durante 20 años, hasta que, en la década de los 30, algunos neoconductistas, surgiendo de la propia matriz watsoniana, introdujeron ciertos cambios, manteniendo su hegemonía hasta finales de los 50, en que el «cognitivismo» le derrocó, reduciéndole al skinnerianismo.

Esas historias convencionales apenas toman en consideración sus raíces intelectuales, o su dedicación a la práctica psicológica, ofreciendo habitualmente meros esquemas de la evolución de su obra, sin intentar profundizar y ofrecer una visión integrada de la misma, en su propio momento histórico. Una imagen reforzada, además, por el papel que le han otorgado muchos psicoterapeutas como «precursor» de las ideas de la modificación de conducta (Eysenck, 1988), y los cognitivistas como «originador» del conductismo (Lovie, 1983).

El experimento de «Albert» se utiliza habitualmente «para ilustrar la apli-

cabilidad del condicionamiento clásico para el desarrollo y modificación de la conducta emocional humana» (Harris, 1979). Por lo que se considera a Watson como el primero en proponer el uso de los principios del aprendizaje en la práctica psicoterapéutica y en mostrar su aplicabilidad en un «experimento ejemplar», como fue el de lograr el condicionamiento de una respuesta de temor en un niño.

También los «cognitivistas» han contribuido a apoyar la imagen del conductismo como un movimiento monolítico y conceptualmente autoconsciente que arranca de Watson, quien dominó desde la segunda década del siglo el horizonte psicológico americano con numerosos adherentes (Lovie, 1987). Ese sistema erradicó durante años todo tipo de investigación sobre atención, pensamiento, resolución de problemas, imaginación y ciertos aspectos de la memoria, hasta que a finales de los 50, comenzó la «revolución cognitiva». En el fragor del combate por explicar el cambio desde la conducta a la adquisición de información como objeto de estudio de la psicología, concentraron sus ataques y su desaprobación sobre quien consideraron figura arquetípica del movimiento contra el que reaccionaban, lo que reforzó aún su clásica «imagen» de Watson.

Nuestro objetivo global ha sido precisamente esclarecer esa imagen, acríticamente perpetuada, para ello:

En primer lugar, hemos procedido a intentar recrear el ambiente en el que surgieron las ideas conductistas, apoyándonos en un análisis crítico de abundantes fuentes primarias y secundarias.

En segundo lugar, se ha reanalizado nuestro propio banco de datos, confeccionado a partir de los artículos de 5 revistas psicológicas anglosajonas —*American Journal of Psychology*, *Psychological Review*, *Psychological Bulletin*, *Journal of Experimental Psychology*, *British Journal of Psychology*— de tipo general y experimental, en un universo cronológico y lingüístico bien definidos, el periodo 1900-1945 y el ámbito inglés, aquél en el que Watson se formó y desarrolló su actividad.

Y, por último, se analizó su impacto en la comunidad científica actual, tomando como fuente el *Social Sciences Citation Index* (SSCI), complementando este análisis cuantitativo con la lectura de los documentos de sus máximos citadores.

La situación de la psicología norteamericana antes de la formulación de Watson

En los centros norteamericanos de enseñanza superior, allá por 1870, la psicología era virtualmente indistinguible de la filosofía del alma. Un cuarto de siglo más tarde, las instituciones académicas no sólo impartían psicología, sino que poseían psicólogos dedicados a la investigación pura, que intentaban explicar a través del análisis introspectivo de la experiencia consciente las leyes generales de la organización mental (Albrecht, 1960). Otros 25 años más tarde, muchos psicólogos justificaban sus actividades en términos de la utilidad práctica; para ellos, la psicología se había convertido en una ciencia objetiva que perseguía predecir y controlar la conducta humana (O'Donnell, 1985). Los psicólogos

del siglo XX se orientaron hacia el objetivismo y la aplicación práctica de sus conocimientos, debido a la confluencia de diversos factores intelectuales —tanto filosóficos como científicos—, institucionales, sociales y culturales, con lo que se fue produciendo un tránsito desde la experiencia consciente del ser humano hacia el estudio de su conducta (Toulmin y Leary, 1985).

Una sociedad convulsionada, con sus formas de vida profundamente trastornadas, por el cambio que la había empujado hacia un nuevo orden urbano e industrial, se volvía hacia los profesionales que podían mejorar su situación a través de sus servicios especializados (Noble, 1981). El último cuarto del siglo pasado contempló el ascenso consciente de toda una serie de organizaciones profesionales que focalizaron y dirigieron muchos de sus esfuerzos a definir su papel, entre y frente a otros profesionales dispensadores de ofertas de acción en algunos casos muy similares, dentro de este nuevo modelo de sociedad que exigía servicios cada vez más especializados y eficaces (Napoli, 1980). El profundo cambio experimentado en la estructura y funcionamiento universitarios, propició el desarrollo de las viejas profesiones —medicina o derecho—, pero también favoreció el surgimiento y desarrollo de nuevas disciplinas como la psicología (Bledstein, 1976).

En ese contexto comenzó la búsqueda de una concepción básica de la psicología (O'Donnell, 1985) que permitiese a ésta el logro de una plena autonomía como disciplina científica y que, al mismo tiempo, le permitiese legitimizar toda una serie de objetivos de intervención —educacionales, terapéuticos e industriales básicamente—. Ese logro era esencial para que la psicología pudiese sobrevivir institucional, académica y profesionalmente en un ambiente hostil creado por otras profesiones más antiguas —educadores, psiquiatras y filósofos, en especial— y ya aposentadas en la estructura académica y profesional norteamericana.

Antes de la I Guerra Mundial surgieron en respuesta a aquellas demandas tres modelos diferentes de ciencia psicológica que ofrecían concepciones más o menos diferentes del propósito y ámbito de la psicología: estructuralismo, funcionalismo y conductismo (Woodworth, 1931; Heidbreder, 1933). Esas tres ramas experimentales de la psicología, surgirían en coyunturas diferentes y jalonarían un proceso que, en EEUU al menos, culminaría en los años 40 (Hilgard, 1987).

Las dos primeras compartieron el deseo de convertir la psicología en una disciplina científica reconocida y el procedimiento experimental básico —utilizaban la introspección y estudiaban los procesos conscientes—. Pero diferían en su énfasis en el estudio de los procesos psicológicos como actividades que producen consecuencias en el medio natural; en su concepción de los objetivos del laboratorio y del procedimiento experimental; en sus actitudes hacia la interpretación de los datos; en su interés por las aplicaciones de la psicología al mundo social; en su reconocimiento de la variabilidad individual; y, en su concepción global de la psicología (Tortosa, 1989).

El funcionalismo analizó el proceso consciente como el antecedente de la conducta explícita. Con la idea de función reaparece la de adaptación, lo que implicaba, además, la introducción dentro de la psicología del factor «ambiente». La colocación del individuo en su medio, su adaptación al mismo, conduce a la caracterización de un proceso que es función del sujeto como totalidad en

relación con un medio también considerado como totalidad: el estudio de ese proceso es justamente el estudio del comportamiento, y con ello, el objeto de investigación del psicólogo tendrá que dar nuevamente de sí para introducir, dentro de su marco, esta actividad singular en que el comportamiento consiste.

En el ocaso del siglo pasado y primeros albores del presente, las publicaciones parecían indicar que una nueva psicología estaba reemplazando a la existente (Bruner y Allport, 1940). Desde principios de siglo —coincidiendo con los años de Watson en Chicago—, la psicología americana estuvo marcada por una revisión generalizada de los objetivos, métodos y concepciones de la psicología. El replanteamiento se centraba en la naturaleza de la conciencia y la validez del método introspectivo, con una clara tendencia a incluir los fenómenos más manifiestos del proceso de adaptación, la conducta abierta de los organismos, entre sus objetivos.

Los problemas internos del mentalismo quedan reflejados en la actitud de William James, sumamente crítica respecto de la existencia de la conciencia psicológica, ya desde la década de los 90. En su obra ya estaban contenidos, como señala Carpintero (1972), todos los elementos que pueden permitir una explicación de lo psíquico prescindiendo del «postulado» de la conciencia: 1) Una vida psíquica interpretada mediante los conceptos de «sensación» (o estímulo), movimiento (o respuesta), conexiones adaptativas innatas (instintos) y adquiridas (hábitos). 2) Una interpretación motriz de los procesos de mediación. 3) Una aplicación, *avant la lettre*, del principio del refuerzo (o de la ley del efecto) al problema del aprendizaje... Desde esta perspectiva, el conductismo, de Watson a Skinner, parece consistir en un enorme movimiento de despliegue y explicitación de los descubrimientos que yacen en la construcción psicológica y filosófica de William James.

También los biólogos aportaron su grano de arena. Y eso se puede encontrar, por ejemplo, en un autor como Loeb, uno de los grandes maestros de Watson a pesar de la brevedad de su relación (Pauly, 1987; Boakes, 1989). En su influyente debate con Jennings, Loeb enfatizaría cada vez más la importancia explicativa no de causas internas al organismo, sino de los factores situados en el exterior del mismo, acentuaría la simplicidad y el carácter global de la respuesta y su posible generalización a muy diversos tipos de organismos, e intentaría, más que conocer cómo actuaba el organismo y cómo se automantenía en un entorno cambiante, lograr controlar diversos aspectos de la conducta modificando las condiciones externas con las que aquélla se relacionaba (Pauly, 1981). En torno al paso desde el siglo XIX al XX, en el campo de la psicología comparada y en el de la biología, los estudios sobre la conducta de los seres vivos, la aplicación del método experimental, y la preocupación por la construcción de una ciencia objetiva acerca de la conducta, eran valores bien establecidos.

Se dio también en el campo de la filosofía una confluencia de influencias que abonaron el terreno de futuros planteamientos empiristas y objetivistas (Toulmin y Leary, 1985). Por una parte la filosofía positivista, tanto compeana —recibida vía Gran Bretaña—, como machiana —recibida vía Alemania—. Por otra, la filosofía pragmatista, tan afín a James y a J.R. Angell, con una epistemología empirista que postulaba que el conocimiento se obtiene a través de la experien-

cia, careciendo de significado todo aquello que no pueda trasladarse al lenguaje de la experiencia o la práctica (Buxton, 1985a y b).

Hubo, pues, al menos, 3 líneas de influencia —como señalaban Brozek y Diamond (1982)— que condujeron a la puesta en cuestión de la introspección: una tendencia «desde arriba», habría impulsado a entender al hombre desde la comparación con el animal, por un lado, y desde el análisis de la cultura, por otro, y ciertamente en ambos casos ello exigiría estudios y análisis de datos objetivos. Una segunda, «desde abajo», supondría la transferencia de técnicas y resultados de las ciencias biológicas fundamentales. Una tercera sería la evolución «desde dentro», nacida de las propias tensiones metodológico-conceptuales vividas por la psicología dentro del esquema mentalista. Y desde las tres llegarían a Watson influencias directas (Watson, 1936), bien a través de sus mentores de Chicago, el biólogo J. Loeb, el neurólogo H. Donaldson y el funcionalista J.R. Angell, bien a través de sus compañeros de Johns Hopkins: G.H. Mead, A. Meyer, H. Jennings, K. Dunlap, R. Yerkes y K. Lashley.

En la segunda década de nuestro siglo las fuerzas que iban a desplazar a la psicología desde el mentalismo hasta el conductismo estaban ya bien asentadas. Cuando Watson ofreció su famosa proclama (Logue, 1985), existía en la psicología norteamericana un amplio debate en torno al estatus científico de la psicología (Haggerty, 1911; Buchner, 1913), y una general puesta en cuestión —señalaba Dunlap (1932)— de los «viejos dioses de la introspección, la conciencia y la sensación», que, en cierta medida, culminó cuando Watson ofreció en Columbia su conferencia sobre «la psicología desde el punto de vista de un conductista» y J.R. Angell, en la convención de la APA celebrada en diciembre de 1912, señalaba también «la conducta como una categoría de la psicología». Se estaba demandando una nueva sistematización y Watson sería uno de los primeros en plasmar ese estado de cosas en un programa definido.

La primera recepción e impacto de la obra de John B. Watson en la ciencia psicológica contemporánea (1900-1945)

Las revistas coinciden en concentrar sus citas en un pequeño núcleo de autores, que son citados a un nivel considerablemente más alto que el autor promedio, y que puede ser tomado, en cierta medida, como la tradición fundamental, el *hard core*, de la disciplina. Tomando en consideración tan sólo los 23 autores más citados en cada una de las 5 revistas (Carpintero y cols., 1988), hemos obtenido un conjunto final formado por 76 autores distintos, ya que algunos se repiten en más de una publicación, si bien la mayoría ven restringida su eminencia a una revista específica, fenómeno común en psicología (Zalbidea y cols., 1989).

Entre los nombres comunes se detecta una hiperrepresentación de la psicología americana, en comparación con nombres procedentes de otras tradiciones culturales y lingüísticas (Gran Bretaña, Alemania, Rusia y Francia). Sólo Thorndike aparece en las cinco revistas, Titchener, Watson y Dodge, lo hacen en 4, pero,

de ellos, el único que se sitúa en la cabecera de revistas de ambos lados del Atlántico es el británico, líder del estructuralismo y antiguo profesor de Oxford; Dodge y Watson, ocupan, por su parte, lugares de privilegio en las cuatro revistas norteamericanas analizadas. Köhler, Koffka, Hull, McDougall, Lashley y Boring, aparecen en 3, pero sólo los gestaltistas Köhler y Koffka, y el psicólogo hórnico McDougall aparecen también en la revista británica. Otro gupo bien representativo se repite en la cabecera de lista en dos de las revistas americanas —Woodworth, Peterson, Dunlap, Wundt, James, Tolman, Fernberger, Pavlov y Carr—, siendo más bien el mayor o menor número de citas en una revista específica lo que permite establecer un cierto rango entre ellos. Freud, Binet y Spearman también aparecen en dos de las revistas, pero de ambos lados del Océano (Carpintero y cols. 1988).

Los nombres de los autores más citados incluyen a los líderes de las principales escuelas —voluntarismo, estructuralismo, funcionalismo, conexionismo, reflexología, conductismo, psicoanálisis, gestalt, neoconductismo, factorialismo, psicología hórnica, psicología dinámica—, pero también los iniciadores de las pruebas mentales, y nombres bien conocidos en el estudio experimental y/o psicofisiológico de los procesos psicológicos, están bien representados en este grupo. Pero, más bien como programas coexistentes con distintos momentos y ámbitos de dominancia. Y, no sólo los aspectos más conceptuales y metodológicos de la psicología se toman en cuenta, sino también las aproximaciones tecnológicas, tendentes a la intervención, parecen desempeñar un papel crucial.

Los constructores de la fama: autores que citan a Watson

La década de los 20 y la de los 30 son las que acogen el mayor volumen de trabajos con referencias a Watson. Hasta 200 investigadores diferentes —alrededor de un 6% de los que contribuyeron en las revistas— estimaron necesario referirse a él, y lo hicieron así en prácticamente un 4% de los 7.805 artículos vaciados. Se sitúa —con Thorndike, James, Wundt, Hull y Titchener— en la cima de los autores mencionados en más artículos y, desde luego, por más investigadores diferentes.

Resulta difícil hablar de seguidores «fanáticos». El promedio de citas por citador es de algo más de 2, y un amplio contingente —casi el 60%— le menciona sólo una vez. Con todo, existe un pequeño núcleo de investigadores —en torno a un 10%— responsable de un tercio de las citas. En todo caso, lo interesante no es saber cuántos y quiénes son, sino más bien cuál es el tono y el ámbito de sus menciones.

Algunos (Williams, Tolman, Mursell, Woodworth) le mencionan en el marco de su comentario de algunos de los «conductismos» surgidos en la psicología americana; otros (Razran, Cason, Hilgard) en el marco de revisiones de literatura sobre condicionamiento, o en discusiones previas a la exposición de investigaciones sobre el tema, así como al hablar de la introducción del condicionamiento en EEUU y de su uso en diferentes posiciones sistemáticas. También se le cita (Kantor, Pear, Thorson, Boring, Tolman, Hull) en discusiones teóricas y metodológicas, o en

las de procesos o problemas psicológicos concretos. Asimismo es mencionado en el marco del debate sobre lo heredado y lo aprendido, donde Carmichael y Kuo, le señalan como uno de los conductistas que había mostrado un cambio más espectacular y radical en su opinión, al pasar de defender una postura instintivista a atacarla vigorosamente, e incluso a negarla después de comprobación experimental, fundamentalmente en niños. Por último, los ámbitos de la psicología genética y comparada (Jones, Calkins, Washburn, Baldwin, Diserens, Bentley) constituyen otros dominios donde se debatieron ampliamente sus posturas.

Se discutió su sistema, aisladamente y en relación con otras propuestas sistémicas. Se discutió la idoneidad de su crítica a la introspección y a la imaginaria mental. Se evalúa positivamente su contribución en el campo de la psicología animal y comparada, y con más reticencias su postura sobre el desarrollo del niño. Se analizan aspectos centrales de su programa —la reducción del pensamiento a movimientos subvocales y de la afectividad a la manipulación de las zonas erógenas—, y los principales rasgos definatorios de su conductismo radical —el ambientalismo y el reflejo condicionado—, pasándose por alto, probablemente por el carácter general-experimental de las revistas, las implicaciones más tecnológicas de su propuesta. Tuvo pues un impacto real, pero mucho más crítico y menos generalizado de lo que habitualmente se señala. Parece como si la obra de Watson hubiese sido más bien objeto de discusión teórica y de reflexión crítica, que de replicación experimental, salvo en aspectos muy concretos de su obra.

Reparto de la fama: obras más citadas de Watson

Son las obras publicadas durante sus años más productivos las que, en general, han recibido mayor atención. Así, casi un 70% de los escritos aparecidos entre 1911 y 1920 han sido tomados en consideración, seguidos, ya a bastante distancia, por los publicados en los años 20 —39%—, los producidos en los 10 primeros años del siglo —35%—, y, finalmente, los de la década de los 30 —21%—, los más próximos al fin del periodo analizado y los menos relevantes —salvo por la reescritura de *Behaviorism* y su autobiografía—.

Si nos atenemos a la temática general y al impacto, puede hablarse de varios ámbitos. En la etapa centrada en el estudio de la psicología animal, desarrollada básicamente en Chicago, resaltan su manual del año 1914 —*Behavior*—, el artículo *Kinaesthetic and organic sensations: their role in the reactions of the white rat to the maze* (1907), y su tesis doctoral, *Animal education: The psychological development of the white rat*. Durante su segunda etapa —ya en Johns Hopkins— más centrada en el desarrollo de su sistema conductista, destaca su manual *Psychology from the standpoint of a behaviorist* (1919), que triplica en número de citas a la publicación de su conferencia presidencial sobre *El lugar del reflejo condicionado en psicología* (1916) y cuadruplica su artículo programático *Psychology as the behaviorist views it* (1913) y al más doctrinario *Behaviorism* (1924, 1930). Por último, la tercera etapa, marcada por su forzado abandono de la universidad, orientó su dedicación hacia nuevas actividades centradas, profesionalmente, en la aplicación del conductismo a la industria, el marketing y la publicidad;

académicamente, en la continuación de su programa de investigación del desarrollo infantil y en la aplicación de esos conocimientos a la crianza y la educación; y, en una dirección más divulgativa, a la generalización de sus principios a la planificación social. Sus trabajos en el ámbito industrial no despertaron atención en los medios académicos. No ocurre lo mismo con los realizados en el dominio del niño, donde destaca la serie de artículos publicados en el *Pedagogical Seminary* —recogidos ese mismo año en las *Psicologías de 1925* de Murchison— que resume sus trabajos en el ámbito infantil y ofrece una descalificación completa de los enfoques hereditarios instintivistas, que él mismo había mantenido a lo largo de los primeros 20 años de su carrera, y el trabajo en el que, con Morgan, presentó su teoría de las emociones, donde comenzó justamente el proceso de replanteamiento del papel de los instintos. Su trabajo más académico en conjunto, y los aspectos más científicos del mismo en concreto, en detrimento del más divulgativo, radical, doctrinario y aplicado, es el que recibió mayor atención en las revistas académicas.

La obra clave del periodo es, sin lugar a dudas, *Psychology from the standpoint of a behaviorist* (1919). Un manual general que, como señalara Wolpe «...era de hecho una extensa declaración programática de lo que era la psicología... escrito para demostrar que una psicología liberada de la introspección era adecuada para todos los aspectos psicológicos; capaz incluso de estudiar objetivamente todos los intrincamientos psicológicos de la conducta humana... Así pues, resulta un intento sistemático de aplicar el conductismo a cada uno de los niveles de la conducta humana» (Wolpe, 1960). Su contenido, como el propio Watson (1919) anunciaba, ofrecía importantes cambios respecto a los puntos de vista más aceptados: «el presente volumen violenta un poco la clasificación tradicional de los tópicos psicológicos, así como su tratamiento convencional. Por ejemplo, el lector no encontrará discusión alguna sobre la conciencia, ni referencias a términos tales como sensación, percepción, atención, voluntad, imagen y cosas similares. Esos términos gozan de buena reputación, pero yo he encontrado que soy capaz de avanzar sin recurrir a ellos tanto en mis investigaciones, como al presentar la psicología como un sistema a mis estudiantes. Francamente no sé lo que significan, ni creo que nadie pueda utilizarlos consistentemente. En cambio he retenido términos tales como pensamiento y memoria, pero redefiniéndolos cuidadosamente de acuerdo con la psicología conductista».

Tampoco puede olvidarse el fuerte impacto de *Behavior: An introduction to Comparative Psychology* (1914), su primer manual, que ya contiene muchas de sus más radicales ideas posteriores —el radical ataque a las imágenes, la reducción de la diferencia entre animales y bestias a la existencia del lenguaje; la identificación del lenguaje con el hábito; la relegación del pensamiento a hábitos en pequeña escala, cuyos movimientos implícitos serían posiblemente detectables y medibles con instrumentos adecuados; identificaba la emoción con los estímulos que actuaban sobre las zonas erógenas del cuerpo...—. Pero, estaba ausente lo que más tarde sería uno de los más definitorios aspectos de «su» conductismo, el radical ambientalismo, y la idea de que, con un entrenamiento adecuado, se puede llegar a hacer virtualmente cualquier cosa. Esta ausencia y la escasa elaboración de algunas de aquellas ideas facilitó, con toda probabilidad, su relati-

vamente buena crítica (Carr, 1915; Thorndike, 1915). Las principales críticas que se levantaron contra esta obra hacían referencia a su tendencia de llegar a posiciones extremistas en ciertos temas, pero se tenía especial cuidado en indicar que se trataba de desacuerdos, no de descalificaciones, «he hecho constar —decía Thorndike (1915)— estas objeciones a los puntos de vista de Watson fundamentalmente porque me parece deseable mantener las finalidades y los métodos generales de la psicología objetiva separados de las hipótesis explicativas concretas de cualquiera de los que como nosotros está estudiándola». Esta importante distinción entre lo particular de una aproximación y lo genérico del enfoque o la perspectiva, no fue, desafortunadamente, una práctica habitual; y, así, muchos investigadores se fijaron y resaltaron más los aspectos más extremos e indefensibles de las teorías de Watson, pasando por alto otros de carácter más general, y plenamente defendibles.

En cambio, el carácter más propagandístico, más «metafísico», y menos científico de *Behaviorism* le llevó a brillar mucho menos que los libros escritos en su etapa académica. En él, acentuaba la dimensión tecnológica por medio del método del reflejo condicionado, abriendo el movimiento hacia la planificación social, puesto que el conocimiento de las leyes generales que explican el comportamiento podría permitir la manipulación y el control social sobre bases científicas. Además, planteaba el problema metafísico de la conciencia; el conductismo era mucho más que un método, era un sistema teórico que pretendía sustituir a los demás sistemas psicológicos, e incluso a la filosofía y la religión; y, en cuanto tal, se fundaba en la negación de la conciencia, que carecía de entidad, dado que no era observable ni verificable en laboratorio. Su recepción en los medios académicos fue muy crítica.

Recepción e impacto de la obra de John B. Watson en la comunidad psicológica actual (1966-1985)

Setenta y ocho años después de su proclamación pública, las opiniones en torno a su obra continúan siendo tan encontradas como en aquellos años (Prieto, Tortosa y Carpintero, 1986). Desde quienes acentúan, acriticamente, su importancia —«Hay pocas personas que hayan tenido más influencia en el curso del desarrollo de la psicología que J. B. Watson...» (Ardila, 1984)—, hasta quienes descalifican por completo, también acriticamente, su obra —«Watson impidió el progreso de la psicología» (Bruner, 1984)—. Entre ambos extremos, se sitúan diversas opiniones que le reconocen un importante papel histórico, pero matizando su alcance.

No obstante, existe una notable diferencia entre la importancia que se le otorga a Watson en los manuales de historia de la psicología, donde su protagonismo es indiscutible —junto a Freud, Wundt y James, el autor que más atención, en términos de espacio, recibe— (Zusne y Dailey, 1982), y, ese mismo impacto, medido en número de citas obtenidas en la literatura científica circulante

(Tortosa y cols., 1983). Se sitúa en séptimo lugar de entre el centenar de eminentes (Annin, Boring y Watson, 1968) que componen su generación; viéndose superado por dos de los grandes disidentes del psicoanálisis freudiano, Jung y Adler, el sociólogo Max Weber, el conexionista Thorndike, el «motivólogo» dinámico Woodworth, y Terman, líder de la medida de la inteligencia en EEUU.

En cualquier caso, más que el lugar relativo de Watson, las preguntas clave a responder parecen ser: dónde influye, qué parte de su obra ejerce la influencia, a quién influye, y cuál es la valoración de éstos. Con nuestro análisis, pretendemos aclarar la valoración y el tipo de interés que esta figura despierta en nuestra comunidad científica, y perfilar, caso de que existan razones para ello, la «nueva» imagen que de su aportación ha construido la historiografía actual.

Ámbitos de la fama: impacto diferencial en las revistas científicas actuales

La agrupación de las revistas por especialidades permite reconocer en qué áreas de las ciencias sociales ha causado mayor impacto la obra de Watson. Casi un 45% de las revistas citadoras y un 72% de las referencias proceden del ámbito de la «psicología». Entre las restantes especialidades resaltan: «psiquiatría», «educación», «ciencias sociales», «ciencias biomédicas», «filosofía» y «lenguaje y lingüística», que explican entre un 7 y un 2% de las citas respectivamente.

Si nos centramos en el grupo de 30 revistas que constituye el núcleo más representativo, se pueden precisar aún más los dominios en los que más se le toma en consideración: el ámbito de los problemas generales e históricos —donde destacan el *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, *American Psychologist* y *Behaviorism*—, el de los problemas psicopatológicos, especialmente la terapia de conducta —*Journal of Behavior Therapy and Experimental Psychiatry*, *Behavior Therapy* y *Behavior Research and Therapy*—, el área del desarrollo y la educación —*Journal of Genetic Psychology*, *Child Development* y *Genetic Psychology Monographs*—, y la psicología experimental, especialmente la psicología del aprendizaje —*Behavioral and Brain Sciences*, *Journal of Experimental Psychology: Animal Behavior Processes* y *Bulletin of the Psychonomic Society*.

El espectro temático de los artículos cubiertos por estas revistas en los que se cita a Watson es muy amplio: aprendizaje y condicionamiento, psicología animal y comparada, terapia de conducta, historia de la psicología y del conductismo, didáctica de la historia, psicología del desarrollo y de la educación, personalidad, fobias, conducta verbal, imaginación mental, y aspectos teóricos, metodológicos y epistemológicos de la psicología, o de alguna de sus aproximaciones.

Los constructores de la fama: autores que citan a Watson

Durante el periodo analizado Watson ha sido citado por casi 800 autores distintos, de los que prácticamente un 50% le cita en una sola ocasión. Los 30 máximos citadores de Watson le dirigieron un 27% de las mismas, en 77 artícu-

los, con un promedio muy alto de referencias por artículo —76—, característico de los artículos históricos y de revisión. Estos datos permiten adelantar la hipótesis del carácter histórico de la figura de Watson, que parece aproximarse más al tipo de investigador catalogable como «clásico histórico», responsable pero ya no influyente en la investigación que se está llevando a cabo, que al de «clásico funcional», en uso por parte de la vanguardia investigadora.

Entre ellos, investigadores clásicos, pero influyentes, algunos todavía en plena actividad —Hilgard, Jones, Mowrer, Eysenck, Hunt, Amsel, McGuigan, Cautela, Adams, Staats, Berlyne o Paivio—, como muestra el hecho de que casi todos le superan en número de citas —exceptuando a su discípula M. C. Jones y a McGuigan—, y un nutrido grupo de jóvenes investigadores que han obtenido su doctorado en la década de los años 70 —Buckley, Logue, Morawski, Beer, Coleman, Kitchener o Harris—, que se encuentran por debajo de aquél en nivel de impacto.

Encontramos un nutrido grupo de especialistas en historia y sociología de la ciencia (Samelson, Buckley, Harris, Creelan, Morawski, Leys, Coleman, Han-nush y Kitchener), investigadores en el dominio del desarrollo infantil y la psicología de la educación (Nance, Berlyne, Hunt); en clínica, y terapia de conducta (Jones, Mowrer, Cautela, Cornwell, Staats, Poser, Schorr y Eysenck); y, desde luego, un amplio grupo de especialistas en psicología experimental, centrados bien en el estudio de procesos cognitivos (Amsel, Adams, Hilgard, Ericsson y Paivio), bien en psicología animal y comparada (Logue, Gray, Beer), o en aspectos neurobiológicos (Magoun, McGuigan).

En general, aparecen dos grupos diferenciados de juicios entre sus máximos citadores.

Por una parte, existe un amplio y «eminente» grupo de investigadores que practican lo que Harris llamaba «historia ceremonial», tratando a Watson como precursor y citándolo, en muchas ocasiones, en las revisiones de literatura bien como antecedente o precursor de la terapia de conducta [«Watson —Cautela (1984)— puede ser considerado como el abuelo de la moderna terapia de conducta», «el advenimiento —Poser (1984)— de la terapia de conducta en la década de los 50 es un ejemplo típico de dicha influencia [la de Watson]», «fue —Eysenck (1983)— el verdadero creador de las modernas concepciones de la terapia de conducta», «no podría entenderse —Hall (1990)— la actual modificación de conducta sin la gigantesca labor precursora de Watson», bien como iniciador del movimiento conductista [«Watson —Paivio (1984)— sigue siendo el padre del conductismo moderno», «sirvió —Gormezano (1984)— como piedra angular para el movimiento conductista», «el conductismo del Dr. Watson —Hilgard (1984)— dominó la psicología americana durante muchos años»].

No obstante, en su mayoría encontramos valoraciones críticas que reconocen aspectos positivos y negativos en su actuación [«sigue siendo —Hunt (1984)— una importante figura histórica cuyo énfasis sobre la conducta observable ayudó a reducir la subjetividad en la teorización psicológica... aunque, por otra parte, también ha llevado a los psicólogos por un camino equivocado al eliminar los procesos intelectuales de toda consideración», «Watson fue algo más que un simple conductista —Gray (1980)—... complicó todo su entramado teórico con aña-

didados metafísicos que iban más allá de una mera descripción del conductismo, incluyendo presuposiciones acientíficas tales como periferalismo, reduccionismo, control social y ambientalismo», «Sus ideas —Staats (1984)— contribuyeron al derrumbamiento de la metodología de la introspección y los conceptos asociados con dicha metodología. Acentuaba la importancia del empleo de métodos de investigación objetiva y la necesidad de hacer de la psicología una ciencia natural... tratando de construir una teoría general que utilizase únicamente los principios básicos del condicionamiento... Estas contribuciones fueron muy valiosas en su sentido general. Pero en sus manifestaciones específicas algunas de las características del conductismo watsoniano ya no contribuyen al progreso del conductismo o al progreso de la psicología en general»].

Dentro de este grupo existe un nutrido contingente que puede enclavarse en una orientación historiográfica más profesional, y que ofrece una visión más crítica y social de su figura y obra, valorándola dentro de las coordenadas histórico-sociales en que se produjo, atendiendo a aspectos habitualmente pasados por alto, o deliberadamente mitificados, con el fin de mostrar su auténtica dimensión. «Como fundador del conductismo —Buckley (1984)—, Watson articuló en torno suyo el deseo de que la psicología pudiese ser una ciencia natural indiscutible en una época en que el empleo de los métodos introspectivos daba contenido a esta relativamente nueva profesión en unos círculos científicos en los que el positivismo era la ideología dominante. El conductismo de Watson ofreció un acercamiento metodológico a la investigación psicológica que rechazaba cualquier asunción que no pudiera ser observada y verificada a partir de la conducta observable. Además, anhelaba extender la influencia de la psicología a la vida económica y social americana, demostrando la importante ayuda que supone la aplicación de las técnicas psicológicas para los planificadores sociales y los directores corporativos durante un periodo de rápida expansión urbana e industrial».

Su planteamiento ya no genera, como en sus años de actividad científica o profesional, ideas aplicables a la experimentación, sino que se ha convertido en un tema de análisis teórico y/o histórico dentro de la evolución de la psicología contemporánea. Todo parece indicar que John Broadus Watson ha dejado de ser una fuente de ideas para controlar experimentalmente y parece haberse convertido más bien en un autor del cual se habla meramente en un sentido histórico.

Reparto de la fama: impacto diferencial de la obra de Watson

Encontramos que es, de nuevo, lo publicado en la década de los años 10 y 20 lo que ha despertado mayor atención, el interés por lo ofrecido en las otras dos décadas es menor, especialmente en el caso de lo publicado en los años 30. Si atendemos al impacto de su obra por grandes núcleos temáticos, se aprecia que su etapa centrada en el estudio de la psicología animal ha despertado cierta atención, resaltando: *Behavior* (1914), *Kinaesthetic and organic sensations: their role in the reactions of the white rat to the maze* (1907), y *Animal Education*, igual que antes de la II Guerra Mundial. Las obras más centradas en el desarro-

llo de su sistema teórico, son, como entonces, las que producen mayor impacto; no obstante, hay importantes diferencias con aquellos primeros datos. Ahora el protagonismo pertenece al doctrinario *Behaviorism* que dobla en menciones a las 2 siguientes obras —*Psychology as the behaviorist views it* (1913) y *Psychology from the standpoint of a behaviorist* (1919)—, recogiendo entre las 3 casi un 50% de las citas, lo que evidencia la primacía que dentro de su trayectoria intelectual le conceden los psicólogos de hoy a los aspectos programáticos, oscureciendo éste a todos los otros aspectos de su obra. El programa de investigación sobre el desarrollo del niño continúa siendo bastante atendido, destacando del conjunto el trabajo con Rayner sobre las reacciones emocionales condicionadas, y *The Psychological care of the infant and child*, que explican casi un 19% del total de citas recibidas. Por último, sus trabajos en el ámbito industrial-organizacional y en el de la filosofía social apenas han tenido eco, salvo en artículos muy específicos, y ello a pesar de que muchas de las técnicas que utilizó y que ayudó a perfeccionar continúan en uso hoy en el mundo publicitario, y a que su utopía conductista y sus discusiones sobre la familia, el matrimonio, y la crianza provocaron una fuerte reacción pública.

Existe una significativa correlación (.616) entre las obras citadas en ambas épocas, pero con una diferencia fundamental de matiz. Ahora son las piezas «mitificadas» las visibles, en detrimento de las más rigurosas. El artículo programático, el caso de Albert y *Behaviorism* son las piezas más discutidas. Este diferente énfasis parece apuntar hacia dos visiones diferentes de Watson.

Para diversos autores *Standpoint* supuso su libro más relevante, reflejaba los más modestos principios originales de la llamada «revolución conductista» y podría ser globalmente suscrito por muchos psicólogos, mientras que el segundo, *Behaviorism*, mucho más radical y menos riguroso, sería suscrito exclusivamente por Watson y no representaría ninguna otra posición conductista desde entonces. Esas continuas referencias actuales a *Behaviorism* podrían representar, bien una fácil crítica a los postulados watsonianos, bien una errónea interpretación de su conductismo, bien una acritica asunción de que por ser la última pieza importante surgida de su pluma representa globalmente su perspectiva, bien una llamada de atención respecto a los problemas anteriores por estudiosos más críticos de su obra.

La salida de la universidad separa la obra de Watson en dos mitades que podríamos llamar «científica» y «polemizante y extravagantemente divulgadora». Durante dos décadas dedicaría sus esfuerzos a hacer llegar las creencias conductistas a una audiencia masiva. Incrementará su producción en libros y artículos para revistas de divulgación, incluso en emisiones de radio, con lo que se convertiría, en una extraordinaria campaña de marketing propio, en el portavoz de la profesión y la ciencia psicológica. Buckley (1989) dirá que se convirtió en el primer psicólogo «pop» para una clase media en rápida expansión. Diseñó sus escritos utilizando estrategias similares a las empleadas en las campañas publicitarias, más que para informar para persuadir, «convirtiendo el conductismo en una palabra muy familiar, pero oscureciendo su propósito original» (Lovie, 1987). Con los años se fue separando del movimiento científico del que una vez formó parte, y cuanto más se distinguían sus ideas de la corriente histórica en la que emergieron más indefendibles se volvían.

Cuando escribió *Behaviorism*, y sobre todo cuando lo reescribió, había roto ya todas sus ataduras con la comunidad académica, había modificado su postura respecto al instinto y al papel del condicionamiento, llevaba años trabajando en una industria de marketing y publicidad, y la divulgación de sus ideas al gran público y la extensión de las mismas al control social se habían convertido en una preocupación constante. La continua polémica que mantuvo con un número creciente de críticos y la constante divulgación pública de sus ideas le empujaron hacia posiciones extremas de las que no pudo escapar. Es sólo a estos escritos a los que se pueden atribuir muchos de los rasgos que se han generalizado a toda su obra, una obra pocas veces analizada en su secuencia intelectual, personal y social. En ellos buscaba ilustrar las implicaciones que la teoría conductista podía tener para las personas en general, pero raramente añadía nuevos hechos, ideas, o teorías a su doctrina básica, más bien la radicalizaba y dogmatizaba. *Behaviorism* sirvió en la práctica para alejarle definitivamente de gran parte de la comunidad psicológica.

«En mi opinión —escribiría Terman— es un libro muy superficial e incompleto, así como demasiado dogmático para ser un libro de texto útil. Incongruentemente, el autor no presenta datos experimentales con los que apoyar sus asombrosas sentencias dogmáticas. Se podría pensar que tales afirmaciones han sido asentadas para siempre con la mera marca de su pluma. Sin embargo, hay que admirar la confianza del autor en su particular punto de vista de la psicología, y su capacidad para crear fórmulas para convertir rápidamente a todo el mundo en conductista. Nuestra civilización y nuestra cultura darían un giro radical, en el que millones de analfabetos que apenas saben leer podrían ser convertidos en Aristóteles, Shakespeare, Newton, Rafael, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Goethe, Beethoven, Darwin, Galton, Pasteur o Einstein... *Behaviorism* es una referencia útil para los estudiantes interesados en conocer un punto de vista de la psicología muy distinto al tradicional. No es, sin embargo, de gran valor como texto de introducción a la psicología debido precisamente a su estrechez de miras. En vista de la extraordinaria importancia teórica y práctica del trabajo experimental que el Dr. Watson inauguró en Johns Hopkins, dedico en estas líneas un especial recuerdo a un investigador original que pudiera estar perdido para siempre para la psicología científica» (Terman, 1927).

Algunos perfiles de la nueva imagen de Watson

Resulta difícil continuar hablando en términos de una ruptura radical de Watson con la psicología americana de su época, puesto que estaba nadando en la misma corriente histórica que otros contemporáneos suyos. La guerra contra el uso acrítico de la introspección prácticamente estaba ganada antes de empezar. La importancia de la conducta comenzaba a ser algo generalmente aceptado, las revistas habían visto sus páginas, y las verían aún más, llenas de discusiones en las que el término conducta era habitual, y ello con independencia de la

adscripción teórica de los autores. El papel que desempeñaba la investigación de la conducta animal quedaba fuera de discusión. Las relaciones entre psicología y biología se aceptaban prácticamente sin discusión. La dimensión tecnológica y profesional de la psicología era algo compartido por los jóvenes profesionales que luchaban por definir su rol en un ambiente hostil contra ellos. Watson compartía con muchos de sus contemporáneos, e incluso con algunos de sus predecesores, la esperanza de que la psicología llegase a convertirse en una ciencia natural sujeta a comprobación experimental y capaz de establecer sus leyes en términos de lo que se puede observar. Las condiciones sociales, científicas y profesionales estaban dadas para un giro hacia planteamientos científicos más objetivos, y Watson, como otros, dio el salto y cortó radicalmente con una forma de hacer y entender la psicología que había quedado obsoleta. En ese contexto, su radicalismo, su capacidad de convicción en la polémica, la publicidad de sus ideas, la popularidad social que alcanzó, el carácter dogmático de sus afirmaciones hicieron que unos planteamientos que nunca llegaron a ser plenamente dominantes en la psicología americana, y mucho menos en la mundial, se eligiesen como punto de arranque de un programa, que tenía muchos otros representantes en la psicología americana.

En este sentido, resulta difícil aplicar en términos estrictos el modelo de Kuhn a la propuesta watsoniana (McKenzie, 1982; Samelson, 1981, 1985), ya que ni el pretendido «paradigma» watsoniano del condicionamiento humano, ni el valor como «ejemplar» del caso Albert, cumplen los requisitos explicitados por dicho modelo historiográfico, siguiendo las bases de la evidencia científica estricta.

Si el conductismo hubiera sido un paradigma en sentido kuhniano, los logros de Watson hubieran debido ser lo suficientemente revolucionarios y carentes de precedentes para atraer un amplio y fiel grupo de seguidores desde otras formas de actividad científica en competencia con sus planteamientos. La hegemonía del conductismo watsoniano nunca llegó a ser plena, incluso geográficamente estuvo circunscrita a la escena americana. El análisis del material publicado en las revistas del momento muestra que el conductismo watsoniano, a diferencia de lo que es la imagen tópica ofrecida por muchos manuales, en sus primeros momentos tuvo un apoyo limitado e incluso generó fuerte resistencia. La falta de justificación experimental para los presupuestos metodológicos más extremos del sistema de Watson, se plasmó en la forma de nuevas propuestas de tipo conductual prácticamente contemporáneas —Kuo, Weiss, Hunter, Guthrie, Tolman—.

La significación del paradigma como logro científico es que resuelve un problema, responde a cuestiones concretas sobre el mundo y ofrece una sustantiva contribución al campo. Diversos aspectos metodológicos, de orientación conceptual, y de definición de importantes áreas de problemas son determinados, implícitamente, por el nuevo paradigma. Ante todo, es un logro científico sustantivo que produce una reestructuración del campo, por lo que queda definido, sustancialmente, por su contenido, más que por su metodología. En cambio, la revolución que produjo el conductismo fue, básicamente, metodológica, acentuando, además, la dimensión tecnológica que el nuevo método posibilitaba. Más que una solución a un problema básico el conductismo surgió de la creencia en la validez de una metodología objetiva, un compromiso que exigía el abandono

de aquellos fenómenos no compatibles con el método. Ese cambio revolucionario, caso de haberse producido, se hubiera reflejado en la forma de obtener evidencia por parte de una mayoría de los psicólogos, algo que no queda reflejado en las revistas de la época (Bruner y Allport, 1940; Carpintero y cols., 1979), que muestran la pervivencia del enfoque metodológico más tradicional, cuestionado pero no erradicado. El cambio no sólo no ocurrió repentinamente, sino que nunca llegó a producirse del todo. La propuesta se aceptó más en términos de complementariedad y depuración, que de sustitución.

Pero no sólo parece difícil encontrar la anomalía que condujo a la crisis, sino también el nuevo paradigma. Las ambigüedades de Kuhn han favorecido un uso mecánico del concepto, asimilándolo prácticamente a otra idea más familiar como la de teoría, sistema conceptual, punto de vista, o escuela (Caparrós, 1985). Lo que resulta más innovador en el planteamiento kuhniano es el énfasis sobre el papel del «ejemplar». Lo que eventualmente pudo desempeñar dicho papel en su propuesta, el reflejo condicionado, fue introduciéndose lentamente desde 1915, y en estadios sucesivos en su pensamiento, no alcanzando un papel central hasta mediados de los 20, cuando, alejado del mundo académico y sin un grupo influyente de discípulos, poco podía significar ya para otorgarle a su autor un papel central en la psicología norteamericana del momento. Cuando comenzó la investigación sistemática sobre condicionamiento, después de la traducción de Pavlov al inglés en 1927 y 1928, la interpretación watsoniana ya no se aceptaba, y como mucho se le consideró como uno de los grandes introductores de aquél (Hull, 1952).

El ambientalismo y la reflexología —desarrollados muy tardíamente—, el periferalismo, el rechazo de la explicación teleológica y del mentalismo —supuestos fundamentales del watsonianismo— fueron ampliamente modificados o rechazados mucho antes de que pasase su época de esplendor y, además, tuvo lugar dentro mismo de la tradición «conductualista» (Leahey, 1987). Se abandonaron, no a lo largo de un proceso de crecimiento y desarrollo del paradigma conductista, sino a través de una crítica y gradual respuesta frente a la inadecuación de una propuesta que nunca llegó a alcanzar una significativa justificación.

Con todo, parece indudable que Watson fue un científico pluridimensional y complejo, sobre el que habitualmente se hace referencia a una serie de lugares comunes, que ofrecen un cliché bien definido de su contribución, pero que desatienden algunos aspectos que pueden ayudar a perfilar más ajustadamente su contribución.

Watson puso de manifiesto la relación entre el desarrollo de la psicología como ciencia y su empleo como tecnología; para él, «su» conductismo podía responder a las necesidades generadas por el nuevo orden social y profesional. Muy diversas instancias sociales saldrían beneficiadas con los instrumentos de control y la nueva metodología pedagógica y psicológica que proponía la ciencia de la conducta. El objetivo final de todos sus esfuerzos fue lograr una redefinición del objetivo de la psicología, que, como repitió una y otra vez, no podía reducirse a la descripción y la comprensión, sino que debía ampliarse a la explicación y, con ella, a la predicción y el control (O'Donnell, 1985; Buckley, 1989). Haciéndose eco de las voces de muchos insatisfechos que también abogaban por la reforma, declaró, desde el principio, que, ante todo, la nueva psicología por la que

abogaba era una tecnología, como muy claramente le echó en cara Tichener (1914) en el comentario de su artículo programático. Formó parte de una nueva generación de profesionales que comenzaba a interesarse e intentar dar solución a los problemas generados por una economía industrial en expansión (Burnham, 1968).

Debe destacarse su trabajo en el campo de comportamiento animal. Si bien los zoólogos fueron los auténticos pioneros en el estudio observacional de la conducta animal, e incluso en los estudios controlados de campo, fueron, en realidad, los psicólogos quienes desarrollaron la aproximación de laboratorio al mismo y ayudaron —como es el caso de Watson— a perfeccionar un cierto tipo de control experimental en los trabajos de campo (Dewsbury, 1985). Resulta asimismo muy relevante su labor en el campo de la psicología infantil, donde —como señalaba Nance (1970)— iniciaría el «estadio científico», al menos en la forma de investigación experimental de laboratorio, y la investigación evolutiva —genética o longitudinal— a través de la observación sistemática y controlada del surgimiento de pautas de conducta a lo largo del ciclo evolutivo. Y, en lógica continuación, tampoco puede olvidarse su interés por la planificación social, su «filosofía social». El telón de fondo que constituyó su interés progresista por la modificación de las estructuras e instituciones sociales desde una perspectiva científica, le llevó a considerar la psicología como sistema de conocimiento y como instrumento social. Parece, pues, indudable el peso de los valores personales (auto/biográficos) y profesionales (científicos/teóricos) de Watson en la conformación de su sistema (Hannush, 1983).

En síntesis, muchas de las ideas generales, e incluso de las particulares, de su doctrina distan mucho de ser originales, y la historia del movimiento conductista precedió en gran parte su aparición en la escena psicológica. La pretendida revolución watsoniana no fue sino un aspecto más de la evolución de la psicología científica en su esfuerzo por separarse de la especulación filosófica o psicológica. Pese a esta constatación, es indudable que Watson definió una aproximación, la moldeó y acuñó su terminología, por lo que debe reconocérsele un papel clave en la cristalización de todo un cúmulo de ideas argumentadas en unas condiciones científicas y sociales muy peculiares. El conductismo de Watson no fue, ni mucho menos, una postura radicalmente nueva y original. La psicología introspectiva contra la que luchaba estaba ya mortalmente herida en el hostil entorno del pragmatismo norteamericano, incluso la dimensión tecnológica que entrañaba y ofrecía era una más entre diversas propuestas. Pero en ese fermento ejerció el papel de un potente catalizador, quizá por ello, y porque como señala Boring (1963) todavía no es posible plantear ninguna historia disciplinar sin recurrir a epónimos, se haya elegido el nombre de Watson para asociarlo al conductismo.

REFERENCIAS

- Albrecht, F. (1960). *The new Psychology in America: 1880-1895*. Johns Hopkins University.
Annis, E.L., Boring, E.G. & Watson, R.I. (1968). Important psychologists, 1600-1967. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 4, 303-315.

- Ardila, R. (1984). Carta personal de 21 de julio.
- Bledstein, B. (1976). *The culture of professionalism: The middle class and the development of higher education in America*. New York: Norton.
- Boakes, R. (1989). *Historia de la psicología animal*. Madrid: Alianza.
- Boring, E.G. (1963). Eponym as placebo. Address of the Honorary President of the 17th International Congress of Psychology (Washington, 1963). Repr. en E.G. Boring: *History, Psychology, and Science: Selected papers* (Eds., R.I. Watson y D.T. Campbell), New York: John Wiley.
- Brozek, J. & Diamond, S. (1982). *Le origini della psicologia obiettiva*. Roma: Bulzoni.
- Bruner, J. (1984). Carta personal de 1 de marzo.
- Bruner, J. & Allport, B. (1940). Fifty years of change in American Psychology. *Psychological Bulletin*, 37, 757-776.
- Buchner, E. (1913). Psychological Progress in 1912. *Psychological Bulletin*, 10, 1.
- Buckley, K.W. (1984). Carta personal de 24 de febrero.
- Buckley, K.W. (1989). *Mechanical man: John B. Watson and the beginnings of behaviorism*. New York: Guilford Press.
- Burnham, J. (1968). The new psychology: from narcissism to social control. In J. Braeman, R. Bremner & D. Brody (Eds.), *Change and continuity in twentieth-century America: The 1920s*. Columbus: Ohio State University Press.
- Buxton, C.E. (1985a). Early sources and basic conceptions of functionalism. In C. Buxton, *Points of view in the modern history of psychology*. New York: Academic Press.
- Buxton, C.E. (1985b). American functionalism. In C. Buxton (Ed.), *Points of view in the modern history of psychology*. New York: Academic Press.
- Caparrós, A. (1985). Sistemas y paradigmas en historia de la psicología. En S. Rodríguez (Ed.), *Estudios de historia de la psicología, Teoría y Métodos de Investigación*. Salamanca: ICE Univ. Salamanca.
- Carpintero, H. (1972). William James y la psicología conductista. *Saitabi*, 22, 5-12.
- Carpintero, H. y cols. (1979). *Estudio bibliométrico de la literatura periódica sobre psicología en lengua inglesa: American Journal of Psychology, Psychological Review y Psychological Bulletin (1887-1945)*. Comité Conjunto Hispano-Norteamericano para Asuntos Educativos y Culturales (I.P. 784060 BIS).
- Carpintero, H., Pérez, E. y Tortosa, F. (1988). Eminent authors in psychology: a quantitative approach through seven journals. In S. Bem & H. Rappard (Eds.), *Studies in the history of psychology and the social sciences*, 5. Leiden: Psychologisch Instituut van de Rijksuniversiteit, 354-375.
- Carpintero, H. y Tortosa, F. (1990). Aplicaciones de la metodología bibliométrica a la historia de la psicología: Una visión de conjunto. En F. Tortosa, L. Mayor y H. Carpintero, *La psicología contemporánea desde la historiografía*. Barcelona: PPU.
- Carr, H. (1915). Behavior. An introduction to comparative psychology. J.B. Watson. *Psychological Bulletin*, 12, 308-312.
- Cautela, J.R. (1984). Carta personal de 5 de enero.
- Dewsbury, D.A. (1985). *Leaders in the study of animal behavior*. Lewisburg, Penn.: Bucknell University Press.
- Dunlap, K. (1932). Knight Dunlap. In C. Murchison (Ed.), *A History of Psychology in Autobiography*. Vol. 2. Worcester, Mass: Clark University Press, 35-61.
- Eysenck, H.J. (1983). Carta personal de 19 de diciembre.
- Gormezano, I. (1984). Carta personal de 15 de marzo.
- Eysenck, H.J. (1988). Why History of Psychology? *Revista de Historia de la Psicología*, 9, 2-3, 239-259.
- Furumoto, L. (1989). The new history of psychology. In I. Cohen, *The G. Stanley Hull Lecture Series*. Vol. 9. Washington. American Psychological Association.
- Gray, P.H. (1980). Behaviorism, some truths that new telling, some errors that need corrections. *Bulletin of the Psychonomic Society*, 15, 357-360.
- Haggerty, M.E. (1911). The nineteenth annual meeting of the APA. *Journal of Philosophy*, 8, 204-217.
- Hail, R.V. (1990). Entrevista autobiográfica. Valencia, 6 de noviembre.
- Hannush, M.J. (1983). The mirage of value-neutrality in the behaviorisms of J.B. Watson and B.F. Skinner: The nature of relationship between personal and professional value areas. *Journal of Phenomenological Psychology*, 14, 43-90.
- Harris, B. (1979). Whatever happened to little Albert. *American Psychologist*, 34, 151-160.
- Heidbreder, E. (1933). *Seven psychologies*. New York: Appleton.
- Hilgard, E.R. (1984). Carta personal de 9 de junio.
- Hilgard, E.R. (1987). *Psychology in America. A historical survey*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, Publishers.
- Hull, C.L. (1952). Clark L. Hull. In E.G. Boring & cols. (Eds.), *A History of Psychology in Autobiography*. Vol. 4. Worcester, Mass: Clark University Press.
- Hunt, J.McV. (1984). Carta personal de 12 de enero.

- Leahey, Th. (1987). *A history of psychology. Main currents in psychological thought*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, 2nd. ed.
- Logue, A. (1985). The origins of behaviorism: Antecedents and proclamation. In C. Buxton, *Points of view in the modern history of psychology*. New York: Academic Press.
- Lovie, A. (1983). Attention and behaviourism -fact and fiction. *British Journal of Psychology*, 74, 301-310.
- Lovie, A. (1987). Ethnographic discourse analysis and J.B. Watson: The behaviourist as propagandist. In J. Barker & cols. (Eds.), *Current Issues in Theoretical Psychology*. Amsterdam: North-Holland, 151-164.
- Mackenzie, B. (1982). *El conductismo y los límites del método científico*. Bilbao: DDB.
- Nance, R.;d. (1970). Hall, G.S. and Watson, J.B. as child psychologists. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 6, 303-316.
- Napoli, D. (1980). *The architects of adjustment: the history of the psychological profession in the United States*. Port Washington, New York: Kenniket Press.
- Noble, D. (1981). *The progressive mind*. Minneapolis, Minn: Burgess.
- O'Donnell, J. (1985). *The origins of behaviorism. American Psychology, 1870-1920*. New York: New York University Press.
- Paivio, A.U. (1984). Carta personal de 30 de mayo.
- Pauly, P.J. (1981). The Loeb-Jennings debate and the science of animal behavior. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17, 504-515.
- Pauly, P.J. (1987). *Controlling life: Jacques Loeb and the engineering ideal in biology*. Oxford, England: Oxford University Press.
- Poser, E.G. (1984). Carta personal 5 de agosto.
- Prieto, F., Tortosa, F. y Carpintero, H. (1986). J.B. Watson y la formulación conductista 75 años después. *Revista de Historia de la Psicología*, 7, 4, 29-54.
- Robinson, J.H. (1912). *The new history*. New York: MacMillan.
- Samelson, F. (1981). Struggle for scientific authority. The reception of Watson Behaviorism, 1913-1920. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17, 399-425.
- Samelson, F. (1985). Organizing for the kingdom of behavior: Academic battles and organizational policies in the twenties. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 21, 33-47.
- Sokal, M.M. (1984). History of Psychology and History of Science: Reflections on two subdisciplines, their relations and their convergence. *Revista de Historia de la Psicología*, 5, 337-348.
- Staats, A.W. (1984). Carta personal de 6 de enero.
- Terman, L.M. (1927). Behaviorism. J.B. Watson. *American Journal of Psychology*, 38, 135-138.
- Thorndike, E.L. (1915). Watson's «Behavior». *Journal of Animal Behavior*, 5, 462-467.
- Titchener, E.B. (1914). On Psychology as the behaviorist views it. *Proceedings of the American Philosophical Society*, 53, 1-17;
- Tortosa, F. (1989). Estructuralismo y funcionalismo. En J. Mayor y J.L. Pinillos (Eds.). *Tratado de Psicología General. Tomo I, Historia, Teoría y Método* (J. Arnau y H. Carpintero, eds.). Madrid: Alhambra, 133-166.
- Tortosa, F. y cols. (1983). Impacto actual de la Escala de Eminentes para la Psicología de Annin-Boring-Watson. *I Symposium Nacional Psicopedagogía de la Excepcionalidad*. Barcelona.
- Tortosa, F., Mayor, L. y Carpintero, H. (1990). La historiografía de la psicología: orientaciones y problemas. En F. Tortosa, L. Mayor y H. Carpintero, *La psicología contemporánea desde la historiografía*. Barcelona: PPU.
- Toulmin, S. & Leary, D. (1985). The cult of empiricism in psychology. In S. Koch & D. Leary (Eds.). *A century of psychology as science*. New York: McGraw-Hill, 594-617.
- Watson, J.B. (1919). *Psychology from the standpoint of a behaviorist*. Philadelphia: Lippincott.
- Watson, J. (1936). John Broadus Watson. In C. Murchison (Ed.). *A History of Psychology in Autobiography*. Vol. 3. Worcester, Mass.: Clark University Press, 271-281.
- Wolpe, J. (1960). Introduction. In J.B. Watson, *Psychology from the standpoint of a behaviorist*. Philadelphia: Lippincott.
- Woodworth, R.S. (1931). *Contemporary Schools of Psychology*. New York: Ronald Press.
- Young, R.M. (1966). Scholarship and the history of the behavioral sciences. *History of Science*, 2, 1-41.
- Zalvidea, A., Sanchis, P. y Tortosa, F. (1989). Impacto y especificidad: el papel de las revistas especializadas. *Revista de Historia de la Psicología*, 10, 1-4, 101-110.
- Zusne, L. & Dailey, D. (1982). History of Psychology Texts as measuring instruments of eminence in Psychology. *Revista de Historia de la Psicología*, 3, 7-42.

